

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo IV

## TIEMPO ESPIRITUAL

A.—Hombre, antes de ahora quería llamarte la atención á ti, que andas buscando siempre en los secretos de la lengua y que sostienes que lo más de la filosofía se reduce á filología, sobre la frase tan corriente y popular hoy de: «No tengo tiempo material». ¿Es que hay tiempo inmaterial ó espiritual?

B.—Te diré... En primer lugar esa frase ha debido de producirse por contaminación...

A.—¿Por contaminación? Y eso, ¿qué es?

B.—Mira, coje ese libro, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Rufino José Cuervo, obra, como sabes, capital para el estudio de nuestra lengua, y lee ahí, en su párrafo 378, esto: «La construcción anómala «hubo grandes fiestas en la ciudad» nació en época remota de la contaminación de «fueron grandes fiestas en la ciudad»; «la ciudad *hubo* (tuvo) grandes fiestas». Así dice Cuervo. Y yo te añado que el decir: «había muchos caballos en el rodeo» viene de «el rodeo había (tenía) muchos caballos». Como se dice que un libro no cabe ó no coje en el bolsillo cuando es el bolsillo el que no cabe (*capit*) ó no coje al libro.

A.—Bueno. ¿Y el tiempo material?

B.—Pues que de decir «no tengo materialmente tiempo», hemos pasado á decir «no tengo tiempo material». Y lo de materialmente...

A.—Sí; quiere decir, en absoluto. «No seas material», le decimos á uno cuando queremos darle á entender algo que no tome al pie de la letra ó en absoluto, sin limitaciones ó concesiones, ó por lo menos sin matices.

B.—Pero una vez producida, sea como fuese, la frase esa del tiempo material, hemos enriquecido nuestro lenguaje con una expresión fecunda y creativa que puede á su vez engendrar algún nuevo matiz de concepto. Y eso del tiempo material, el que marca el reloj y acaso el latir isócrono del corazón, á diferencia del otro, del tiempo espiritual ó íntimo, es cosa que está hoy muy en estudio. Y si no en estudio, en contemplación ó imaginación por lo menos.

A.—Lo sé, lo sé..., y lo siento.

B.—¿Que lo sientes?

A.—Lo siento, sí. En estos tiempos que corremos siento la trágica pesadumbre del tiempo espiritual. Diciendo una madre delante de una hijita suya: «Esta tiene cuatro años...», la niña preguntó: «¿Dónde los tengo, mamá?» Pero yo sé dónde tengo los que tengo, y muchos más: los de mis abuelos. Y cómo me pesan!... Porque el Tiempo en estos tiempos...

B.—No sé si sabrás que eso de tiempos, en plural, dicen que es otra contaminación; que *tiempos* fué primero un singular, del latín *tempus* en acusativo, como...

A.—Sí; te lo he oído otra vez. Pero para mí se puede decir los tiempos como las aguas y los aires y los espacios... Y lo que hoy siento es que con esta carrera loca de la Historia la materialidad del tiempo se nos desvanece. Esto es como ir en automóvil á 120 por hora ó como presentarnos una película cinematográfica á gran velocidad. No vemos nada; no nos enteramos de nada. Apenas nos dejan comentar y digerir el crimen de ayer—porque hay que digerir los crímenes—y ya viene el de mañana...

B.—Querrás decir el de hoy...

A.—No, quiero decir el de mañana. Porque es el crimen de mañana, aquel á cuya expectativa estamos á diario y en todo momento, el esperado ó temido—más esperado que temido—, es ese crimen de mañana, del eterno mañana, el que no nos deja percatarnos de todo el amargor del de ayer. El crimen de ayer va al hoyo del olvido—ó de algo peor que el olvido—y hacemos sitio para el recibimiento del que vendrá. Nos precipitamos al porvenir haciendo un vacío delante nuestro.

B.—Lo que acaso quiere decir que no tenemos porvenir...

A.—Tal vez por no tener tampoco pasado... Pues si Don Quijote, que vivía en el porvenir, así como Don Juan Tenorio, no salió nunca del presente, del hoy, era porque vivía en el pasado. Se echó al campo á renovar los tiempos de la caballería andante, á resucitar el pasado. Y el que quiere resucitar á un abuelo, engendra un nieto.

B.—Un nieto que á lo mejor en nada se parece al abuelo, es decir, á su tatarabuelo...

A.—¡Bah! Todo tradicionalista de verdad es un progresista. ¡Un conservador, no! Embalsamar cadáveres no es resucitarlos. Los conservadores de Lázaro, el de Betania, le habían atado las manos y los pies con vendas; le habían envuelto el rostro en un sudario, y habían puesto una piedra sobre donde reposaba en orden; pero Jesús, al resucitarle, hizo que le desataran y le dejaran ir. Y es que Jesús no era conservador, sino resucitador.

B.—¿Cómo nos hemos alejado del tiempo material!...

A.—Es que estamos tejiendo estas... meditaciones en el tiempo espiritual. Y éste nos liberta de aquél. Pero hay que volver, amigo, á la materialidad del tiempo, que cada día trae su afán...

B.—Bien. ¿Y de esto se saca?...

A.—¡Ah! ¿Pero estás en eso? Si estás en lo que se saca materialmente de algo, ya puedes resignarte á no gozar de tiempo espiritual, ni de verdadero porvenir.